

Correos Póstales



Subscripción para España... Paquete de 30 ejemplares... Trimestre 1921... Número suelto... 10 céntimos

REDENCION

Organo del Sindicato Unico de Trabajadores de Alcoy y portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo

San Vicente... De los Hermanos Obreros

REUNIÓN DE VIVOS

Ya antes de celebrarse la reunión llamada de fueras vivas, efectuada la lunes a solicitud de unos cuantos vivos socialeros... Nuestra clase se trataría y menos se concretaría... Nuestros presentimientos vinieron a confirmarse plenamente...

Hay que pedir, solicitar pues, según dicen en su segunda parte, que el Estado haga un empréstito con que poder emplear a los obreros construyendo puentes, ferrocarriles y barrios de casas... Bien, muy bien, que se lleven a cabo tales obras, que hace tiempo ya los republicanos lo proclamaron inútilmente en el Municipio...

Nada hemos de objetar a los que, por su posición, como queda dicho, sabemos de antemano cuál era su papel. Pero no así a los malandrines que llamándose obreros y pretendiéndose representantes de una clase que por ser tan honrada constituye esa pretensión una grave ofensa...

Oh, reconstructores! ¡Que asco!

LA CRISIS DEL TRABAJO

¡TRABAJADORES!

CONVOCATORIA

Estamos condenados a perecer, si no sacudimos la indiferencia en que miseramente vegetamos, y que nos retrotrae por su consecuencia nefasta al más degradante servilismo... Nuestros enemigos, reconocen lo agudo del problema, pero poseidos del anacronismo que les aferra al pasado...

Tratan de hacer ver a nuestros ojos, los que por su desmedida avaricia han contribuido a esta desastrosa situación que pudiera ser presagio de lamentables derivaciones, que les interesa nuestro estado. Mas todo es aparatoso y hueco, todo es una comedia a la que se prestan como comparsas los que por su poca dignidad y procedimientos ruines nos son de todos conocidos.

Que nuestra honradez y nuestra personalidad no sea hollada; que nuestro puesto de hombres no sea reemplazado por los eternos payasos en contubernio odioso y denigrante con nuestros verdugos, y habremos sabido demostrar la virilidad de un pueblo que sabe rebelarse ante las injusticias.

Hemos de exigir, no pedir, lo que nos hace inmediata falta. Nada de soluciones soporíferas, de panaceas intangibles; nuestro malestar es desesperado, se ha dicho ya sobradas veces, y como tal, precisan soluciones inmediatas y urgentes.

Ante el desprecio exasperante a nuestros sufrimientos y nuestras privaciones, debemos, más que nunca, prestar toda nuestra atención y energía, con el fin de repar, basados siempre en la lógica y la justicia, que inspira nuestra petición, el grave problema del que somos sus víctimas más directos.

Para tratar este asunto, convocamos al pueblo obrero a una ASAMBLEA GENERAL que se celebrará mañana domingo 5 del corriente, a las 5 de su tarde en el local del Sindicato.

Alcoy 4 Junio 1921. Por el Sindicato Unico. EL COMITÉ.

Jugar con fuego

Desde la cruz a la hoguera que se prolonga el festín; ¿no veis esa gran hilera que no se distingue el fin?

De la hoguera a nuestros días se ve otra hilera mayor; ¿será que las rebeldías las acrecienta el terror?

No mataron los ideales las cruces ni las hogueras; y resultados iguales darán las horcas postereras.

Es estéril el intento de someterlas a un yugo; no destruye el pensamiento la vil mano del verdugo.

Cuando una idea es vertida a un sabio o yo decir, que no puede ser vencida ni mucho menos morir.

Si como fuerza expansiva un muro de contención se le antepone, agresiva se troca en revolución.

ROMÁN CORTÉS Prisión celular de Valencia 1921

Enemigos y clases

El sindicalismo revolucionario como expresión de un movimiento exclusivamente de clase, no puede menos de entablar, tarde o temprano, por la natural evolución de la mentalidad obrera, una batalla con el poder político y los partidos de la burguesía que aspiran a dirigirlo.

Bien quisieran los servidores de la clase capitalista que la lucha obrera se limitara a conservar el equilibrio entre el coste de la vida y el salario, pero de la vida que ellos entienden debe vivir el trabajador y que no es precisamente nada digna, ni nada humana. Si embargo se adjudican por esto el título de amigos del obrero que como todo el mundo, también ellos desean llegue a emanciparse.

Los partidos políticos son enemigos naturales de la clase obrera y más aún aquellos que se distinguen por sus radicalismos, superficiales y aparentes asociaciones revolucionarias, reconocidas en la dirección del poder, que lo quieren modificar en la exigencia de las instituciones, pero que, con todo, han de ser profundamente respetuosos con la propiedad privada y el Estado, con la patria y su símbolo.

La organización sindicalista revolucionaria es un verdadero partido de clases, cuyos fundamentos están en la identidad de intereses de todos los obreros y en la posición económica que, en la sociedad capitalista, ocupa la clase productora; los partidos políticos son, sin excepción, un modelo de colaboración de clases, de compromisos, intereses, pero, cuyos resultados ulteriores, tienden a consolidar el poder burgués.

Estas verdades son el fruto de la experiencia que, en algunos países, hemos adquirido; los obreros y que aquí en España, no tardará en reproducirse el día que la monarquía desaparezca.

Los privilegios que permite la vida opulenta de tanto parasito como hoy pulula, busca su punto de apoyo en los partidos políticos y no vacilan en vestirse a la moderna, llamándose demócratas, y hasta casi, casi, socialistas.

Naturalmente que todo esto mientras permanezca en la oposición, porque en cuanto triunfan, les entra el sentido de la realidad que puede serles muy beneficiosa.

Pero no por eso serán menos enemigos nuestros; tienen que serlo irreduciblemente porque son hijos de la clase capitalista. La única diferencia, es que solo cuando consiguen el poder se manifiestan de una manera ostensiva y categórica; burgueses.

J. C. C. Alcoy mayo-1921.

En la sala del crimen

—¡Caballero Sagaz, una rifa! me dicen.

—¿Dónde?—respondo.

—Ahí en...—me responden.

Y nos dirigimos hacia el sitio que nos han indicado.

Encuentro en la puerta de una casa de juego a dos hombres discutiendo acaloradamente y tomando por momentos la discusión camino de rifa... ¿movió?... ya se sabe, el juego.

La presencia oportuna de dos policías hace que desaparezcan inmediatamente.

El «hagan juego, señores» dicho con voz sonora, llega hasta el sitio donde nosotros nos encontramos.

Subimos, queremos conocer otro antró del vicio.

¿Pero es posible?—exclamo ante tanta desvergüenza.

—Es posible, es posible,—me contesta con amargura, mi buen amigo Leonardo, hombre conocedor de los vicios que aniquilan a una raza y que me acompaña en estas andanzas periódicas.

Nos acercamos a una de las muchas mesas que hay en aquella sala, llamada, no recuerdo por quién, la «sala del crimen».

—Esta es la mesa de la ruleta—me dice mi amigo.

A nuestro lado hay un hombre, que tiene en la mano un fajo de billetes.

—¡Al verde!—exclama, y pone el dinero que tiene en la mano, en el color que ha mencionado.

Son momentos de ansiedad para los jugadores, todas las miradas están fijas en el centro de la mesa...

Y por fin, el empleado, vocea el color premiado:

¡Encarnado!

Nos volvemos a ver al hombre que está a nuestro lado... pero el hombre se ha marchado.

—Eran los últimos dineros que tenía—otro que dicen en un corrillo de jugadores.

Nos acercamos a otra mesa, a otra... lo mismo, siempre lo mismo... juego, juego... dinero, dinero...

¡Oh mundo, oh sociedad, que maldades encierras!...

Saltamos... y ya en la calle, el airecito de estas noches primaverales, despeja nuestra cabeza...

Hace una noche serena, tranquila, parece que tenga alegría y al respirar nos embriagamos con el aroma de las flores...

Ante noche tan placida se ha calmado nuestro espíritu...

•••

Al día siguiente, como siempre hago, compro un periódico, y leo «El suicidio de un hombre»; ese hombre era el de la casa de juego, el de la «sala del crimen».

EL CABALLERO SAGAZ.

El periódico es una garantía para la educación moral del individuo; con él se siembra la simiente de la inteligencia que, cual brújula perfeccionada, guiará la nave de su destino seguro a llegar al puerto del deseo.

TRIPTICO

SOLIDARIDAD

Pocos son los que comprenden todo el alcance ético de esta sublime manifestación del ideal humano; pero aunque fueran muchos, mientras no sean todos, siempre será necesario exhibir su belleza.

Solidaridad es el principio armónico de toda comunidad, la base primordial, indispensable y la más sólida del conjunto; la parte viva y esencial de toda obra, de toda empresa. No hay, no puede haber desarrollo racional sin ese profundo enlace que dimana de la conciencia.

Por ella se hacen indestructibles los pueblos que alcanzan a comprenderla. Más fuerte que el arma que empuñan los malvados contra la razón, ha vencido la solidaridad la crueldad de los hombres, y allí donde la espada cercenara de un tajo el tallo justiciero, retoñaron múltiples y más potentes vástagos.

La relación mutua y recíproca que la necesidad del vivir impone, no es más que un débil destello de esta luz vivísima que alumbrará al mundo en el futuro.

Solidaridad es mucho más que ese mezquino concepto puramente materialista que la común pobreza mental concibe. Contrariamente opuesta al interés grosero que seca el alma, es la facultad psíquica, moral; la dinámica humana que hace vibrar en nosotros los dolores ajenos, que hace interesar, sentir los sufrimientos del hermano.

AMOR

Punto aparte el acicate voluptuoso, parté de nuestra animalidad, nacido de la cohibición absurda del ambiente.

Podemos admitir, aunque realmente no descansa en principios fijos, la asociación del amor con la belleza, que determina ese secreto y poderoso deseo de atracción de sexos distintos.

Pero rompiendo ese estrecho círculo de sentimientos estéticos en que materialmente se halla el amor aprisionado, veremos que se esparce intenso, con su magnificencia arrojadora, impulsando hacia todo lo verdaderamente grande y bello a quien llega a percibir el rítmico aleteo de su emoción.

Por eso el amor solo pueden sentirlo y apreciarlo en todo su esplendor y toda su fragancia propulsora de inapreciable dulzura, los que ahren su objetividad soñadora y la elevan por encima de las miserias materiales; los que mantienen en sí propios esa lucha abstracta contra los dualismos convencionalistas. Estos son los que saben amar con frescura la diaphanidad y limpidez de las conciencias, remontarse hacia el amor ideal, percibir las sensaciones suntuosas del bardo invencible ante las medianías.

LIBERTAD

Aherrojados nuestros instintos, aprisionada hasta nuestra conciencia a la argolla del vivir aparente e irreal ¿cómo podremos conceptuar en su justo valor la libertad? Mientras no descubramos, del fondo del enorme montón de cadenas con que la cubrieron y siguen cubriéndola la ignorancia y la apatía de los siglos, su arrogante y majestuosa silueta, no podremos jamás advertir sus bellezas... Y esas cadenas, han de romperse con la luz de la inteligencia.

¡Cuántas veces, en la noche tenebrosa del pasado, lanzáronse los pueblos en su busca!... y cuantas otras veces, volvieron sobre sus pasos, aturdidos de su inconciencia, sin haber conseguido descubrirle, habiendo, aún más, reforzado sus grillos...

Y es que jamás sintieron la necesidad implacable de su conquista. En sus andanzas, no respondieron sino al estímulo de falsos espejismos, de mentidas promesas, y, cuanto más a la alucinación de torpes espejuelos tendidos por locos y visionarios.

Y no basta esto. Es necesario que este deseo vehemente sea sentido, no inculcado. Que la atracción irresistible de su axioma, nazca poderosa, en los esclavizados al dogma; que nuestra fuerza y este deseo, lo despojemos de los seculares prejuicios atávicos.

El enigma, tiene su solución en los libros.

¡Busquémosle...! ¡Pronto descubriremos su grandeza!

ALBA ROJA.

Desviaciones peligrosas

No es mi deseo ofender al que aludido se sienta, como tampoco mi intención mortificadora; mis anhelos pugnan con toda hostilidad a mis hermanos de infortunio, y mis dorados sueños quedan reducidos a la total emancipación de la clase obrera.

Mas por desgracia el sectarismo o servilismo desviado funestamente de su verdadera ruta, háse convertido en diametral oposición a las verdaderas aspiraciones obreras. Los hechos no pueden ser más aplastantes.

Las persecuciones de que son víctimas los verdaderos militantes de la organización, en su intencionalidad son aplaudidas patentizándolo con su conformidad y silencio; las arbitrariedades a gran escala que sucesivamente se cometen

con lo más selecto de nuestro campo son contempladas con satisfacción por su punto de mira, y todo cuanto tienda al mejoramiento del actual malestar que sea reprimido con mano dura y ahogado en sangre, merece su mayor aplauso. No en vano se les apotegma.

Las cristalizadoras doctrinas del gran pensador Carlos Marx que en su complemento encierran la casi totalidad de la felicidad humana mediante sus teorías, fueron durante años lo orientadora brújula del proletariado que, navegando en el mar del confusiónismo encontró en ellas su salvadora tabla de salvamento sus esperanzas.

Muchos años transcurrieron militando en las filas en donde de día en día se reflejaba con mayor claridad la antitesis en las prácticas con las teorías, hasta que hastiados y convencidos de tan continuos engaños, optaron, per-

suadidos de que su obra ha de ser ellos mismos, por abrazar el mismo revolucionario.

Mas no se crea por esto que se mina de tales teorías, no; se adhiere en su intrínseco valor por irradiantes métodos y matemáticos conceptos que representan problemáticamente invulnerables estadísticas. La principal decadencia débese a los erigidos en jefes o dictadores, que buscan su medro personal escudándose hipócritamente bajo sus auspicios y concomitancia constante con toda clase de gobiernos.

No, obreros socialistas; vuestras piraciones por lo expuesto son utopías. Imaginaos una luz en lontananza que sin tregua caminala a ella y no llegaréis, pues a medida que avanzáis presurosamente os le alejan vuestras cautelosas dictaduras; eso representa vuestro ideal trocado en mlopía del rebaño y en negocio para los pastores. Debeis reaccionar, pues vuestra actitud no es nada digna, máxime cuando vuestro diminuto partido está quebrado.

No son propicios los tiempos para malgastarlos en cosas infantiles dejados al azar el gravamen de la solución de los problemas que solo de nosotros depende, como tampoco vuestra pasividad y silencio; hay que decidirse de una vez por una u otra parte de las beligerantes, clara y llanamente si en verdad os sentís obreros; huelgan las palabras y vengán los hechos; de lo contrario reafirmaréis una vez más el pertenecer a la secta de los lacaríotes.

HIDALGO.

El Banco de Barcelona

Miles y miles de pesetas fueron arrancadas del Tesoro nacional, para solucionar la crisis y poner término a la quiebra que el Banco de Barcelona presentaba. El medio y la cobardía del poder central, se retrataba entonces, e hizo lo que hoy día no hace por la crisis general de España.

¡Cambó, que es un reaccionario consumado a las aspiraciones del pueblo, que es el abogado de la clase patronal española, que oculta en su conciencia los planes de que se valen, le ha sobrado valor ante el teatro parlamentario, para dejar bien sentado que la situación del Banco de Cataluña ponía en peligro toda la tranquilidad del ciudadano español.

Cambó, es el padre de la patria capitalista y, como se pensaba hacer un gobierno de concentración en España, a Cambó se le daba preferencia. El peligro que había señalado era una demostración de simpatía a éste régimen de injusticias y atropellos que ni el gobierno pasado ni el presente se atreven a sostener dentro de la moralidad.

Hoy prácticamente y sin emboscos de ninguna clase, cierran las puertas a la caja de España y no se saca un céntimo si tiene que servir para salvar al obrero que, hambriento y desesperado, podría adelantar los acontecimientos que tanto quieren resistir los guardadores del orden.

¡Hoy se pretende cejer el fruto, del porvenir que puedan tener to-

Responsabilidad de los intelectuales EN LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Conferencia pronunciada por el señor BERNARDO MERINO, en la inauguración de los trabajos de propaganda social, iniciados en la Habana por el Grupo Clarité

Señores y Señoras:

Hace cosa de un año que un grupo de intelectuales franceses, literatos y filósofos, constituyeron en París el «Grupo Clarité», con la misión de aclarar en lo posible el inmenso caos que se ha producido en el mundo por la lucha empezada para la transformación de la sociedad. Como figuras principales de este grupo recordamos al gran maestro Anatole France, a Henri Barbusse, a Román Roland, a Madame Severine, a Bataille, a Sebastián Faure... Junto a estos se han agrupado muchos hombres más o menos célebres en las distintas disciplinas intelectuales.

La tarea que este grupo se propone no puede ser más generosa, ni más útil, ni más interesante. Un siglo de sociología, libre de prejuicios y setenta años de intensa propaganda, habían preparado a las clases trabajadoras para intentar la realización de una democracia proletaria que habrá de acabar con las injusticias de la democracia capitalista, creando una organización con una sola clase social, teniendo todos el mismo deber de producir y el mismo derecho a disfrutar de todo lo producido. Tanto se había debatido el socialismo en el siglo pasado, que desde hace veinte años ya no se discuten doctrinas, ni principios; todas las discusiones giraban al rededor de los procedimientos y la táctica para llegar a la realización del ideal... hasta que veinte naciones se precipitaron en la guerra y ésta produjo circunstancias favorables para una Revolución Social, que estalló en Rusia en Febrero de 1917, completándose en Noviembre del mismo año, para convertirse poco después en un gran peligro internacional.

Ante este problema magno, ante esta Revolución Social, mucho más importante que la Revolución francesa y más trascendental que la aparición del Cristianismo, ¿qué hacen, qué han hecho, qué piensan hacer los señores intelectuales? Exceptuando un reducido número de sabios que supieron poner el corazón a la altura de su talento, los señores intelectuales no han hecho nada por solucionar la Cuestión Social. Peor aún: ni siquiera sabían que esa cuestión existía. Se da actualmente el caso curioso de que el noventa por ciento de los que se llaman intelectuales y bien o mal viven de su intelecto, la desconocen en lo absoluto; o por que no se habían enterado de su existencia, o por que nunca le concedieron importancia, creyendo que solo era un asunto para entretenimiento de literatos, para extravío de utopistas exaltados y para servir de plataforma a los políticos de oficio.

La inmensa mayoría de los intelectuales ignoran quiénes han preparado esta Revolución Social que se ha presentado, según ellos tan inesperadamente, ni cómo se ha preparado; des-

conocen que ha sido preparada con tal intensidad y tanta extensión que resulta asombroso encontrar ahora gentes que se muestren sorprendidas. Sería cosa de preguntarles en qué mundo han vivido hasta hoy.

Literatos y Sociólogos

Hace más de medio siglo, cuando existía la Asociación Internacional de Trabajadores, se produjo un gran pánico en las clases privilegiadas. Al frente de aquella primera Internacional, había dos hombres considerados dos colosos del pensamiento, que quizás eran los dos talentos más sólidos de su tiempo. Carlos Marx, el alemán y Miguel Bakunin, el ex-príncipe ruso. La vida y las obras de estos dos grandes revolucionarios son harto conocidas de las gentes estudiosas. Al primero se le considera como fundador del Comunismo de Estado; el segundo fué el definidor del Colectivismo Antiautoritario. La célebre y trascendental disputa de estos dos hombres dividió la Internacional Obrera, y los gobiernos se aprovecharon de aquella división para perseguir y anular aquella federación proletaria, hasta declararla ilegal, cosa fácil en aquellos momentos por la impresión fuertemente dolorosa que había producido la Comuna de París.

Entonces empezaron con la mayor seriedad las discusiones sobre la Cuestión Social y todos los grandes hombres comprendieron que una revolución internacional muy profunda se estaba incubando para un tiempo más o menos largo. Ya circulaban obras tan famosas como «La Propiedad» de Proudhón, «El Falensterio» de Fourier, «El Colectivismo» de Louis Blanc, «El Estado» de Carlos Marx, «Dios y el Estado» de Miguel Bakunin, y otras numerosísimas, aunque no de tanta fama. Marx Stirner, publicó «El Único y su propiedad». El ilustre Spencer daba a la imprenta «El individuo contra el Estado» el filósofo americano Henry George desconcertaba a los economistas políticos con su libro formidable, «Progreso y miseria»; Francisco Pi y Margall publicaba dos grandes obras, «Las Nacionalidades» y «Las luchas de nuestros días»; Eliseo Recién «Evolución y Revolución» y «El hombre y la Tierra» de un valor inestimable.

Pronto los más grandes literatos hicieron suya la cuestión y se metieron en la brega. Tolstoi escribió «Resurrección». «La Esclavitud moderna», «Los Cosaces» y muchas otras obras, predicando el socialismo y aconsejando la resistencia pasiva: Zola escribió novelas tan emocionantes como «Germinal», «París», «Trabajo», en las que se profetiza la muerte del régimen actual. Octavio Mirbeau escribió libros terribles como «El Jardín de los Suplicios», «Memorias de una doncella» y el formidable drama «Los malos Pastores» cuyo estreno produjo un gran escándalo en París. Enrique Ibsen com-

batió la sociedad desde el teatro con sus dramas de fama universal «Espectros», «Casa de Muñecas», «El enemigo del pueblo», «Los pilares de la Sociedad», y la crítica afirmó que era el primer dramaturgo de los tiempos modernos: Sudermann con «El Honor» y Hauptmann con «Los Tejedores», conmovieron al pueblo alemán; Wells publicó en Inglaterra la novela socialista «El año 2000» que se tradujo a todos los idiomas; Galdós, Dicenta, Benavente, Blasco Ibáñez, Pío Baroja Linares Rivas, han escrito en España contra la sociedad presente críticas imprecables en forma de dramas o novelas; Máximo Gorki produjo sensación en todo el mundo con sus célebres cuentos de vagabundos y explotados. Tagore, el poeta indio recompensado con el premio Nobel, ha tronado olímpicamente contra la vida actual.

Nuevos sociólogos aparecieron al mismo tiempo con obras cada vez más claras, más concretas y más depuradas. «El Colectivismo» de Vandervelde, «El Doler Universal» de Sebastián Faure; «La Sociedad Futura» de Juan Graue; «El Imperialismo» de Lenine, «Historia del Socialismo» del ilustre Jaurés, muerto en París el primer día de la Guerra; «La conquista del pan», «Campesinos, Fábricas y Talleres», «El Apoyo Mútuo», «La Gran Revolución» y otros varios libros valiosos de Pedro Kropotkin, el eminente teórico del moderno comunismo libre, la «Evolución Superorgánica» del doctor Lluria, que está preparando ahora una gran obra que llevará por título «La humanidad del porvenir».

Trabajos de menores proporciones, pero no de menor interés, editados en folletos baratísimos, han circulado por miles y por millones, como un diluvio de papel impreso en todos los idiomas.

La indiferencia de los escritores

Pero con eso y con todo, ocurre lo que he dicho antes; que el noventa por ciento de los que viven de la pluma no se habían enterado hasta hoy de que la Cuestión Social existía, y los que acaso lo sospechaban, nunca procuraron enterarse de lo que era y significaba. En vano velan, si es que lo veían, que en los Parlamentos europeos aumentaban cada año los Diputados socialistas: en vano veían que los conflictos obreros eran cada vez más graves, y más continuos y más extensos; para ellos nada tenía importancia... hasta que les ha sorprendido esa gran Revolución de Rusia que amenaza a todo el mundo con sorpresa y sobresalto de los señores intelectuales.

Es que esas montañas de libros socialistas, presentados en ediciones económicas, han ido a parar a manos de los obreros, los únicos que han tenido interés en enterarse del asunto; ellos casi exclusivamente son quienes los han leído, y ahora resulta que los obreros saben más de socialismo que la mayoría de los señores que se tienen

por intelectuales. Ni siquiera para combatirlo o contenerlo están preparados, y todo se les vuelve dar palos de ciego, sin darse cuenta de que la mayor ventaja de los partidarios de esa revolución, estriba precisamente en el completo desconocimiento que tienen de la Cuestión Social, las clases privilegiadas en general. Si la hubieran estudiado, hubieran hecho a su tiempo lo necesario para evitar la revolución. Pero no han sabido hacerlo... y la revolución está en pie y más amenazadora cada día.

Los consagrados a la causa

Esa gran transformación social que ahora estamos presenciando, se ha venido preparando durante medio siglo y en todos los países de Europa a un mismo tiempo, así como también en algunos de América. Hasta al Japón se ha llevado esa propaganda hace ya muchos años. Los apóstoles de esa causa han sido muchos y algunos de gran celebridad. De Europa solamente citaremos a Sebastián Faure, Jaurés, Recién, Laurent, Thailade, Jules Guede, Hervé, Bysson, Longuet Carriere, Maïstesta, Pedro Gori, Lazzari, Serrari, Bebel, Liebknecht, Ledebour, Haase, Rulle, Mc. Lean, Mc. Donald, Dithman, Hoffman, Vandervelde, Haysmans, Adler, Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo, Salvochea, Ricardo Mella, Tarrida del Mármol, y todavía se puede añadir, los de los Países Bajos y Escandinavos y la lista interminable de los que no son legión, así como los de la Argentina y Estados Unidos que no son pocos. Los que he citado son casi todos «socialistas puros» (marxistas y autoritarios); los socialistas oportunistas que han aceptado cargos oficiales en los Gobiernos, antes y durante la guerra, esos son tantos, que sería imposible enumerarlos.

También en el socialismo se encuentran nombres de mujeres famosas, como Madame Severine, Luisa Michel, Maria Speridowna, Rosa Luxemburgo, Elena Brisson, la novelista Camilla Perth... En el socialismo ruso, sobre todo, hubo muchas mujeres que adquirieron gran celebridad.

La causa del socialismo ha tenido también sus mártires, y no pocos; a unos se les conoce por sus nombres propios, a otros por los nombres de los pueblos donde fueron sacrificados, muy justamente según el criterio de los partidarios del «state quo» social; muy injustamente según el criterio de los socialistas. Deben recordarse los agarrados en Jerez, los fusilados en Monjuich, los guillotnados en París, los ahorcados en Chicago con el filósofo Parsons al frente, los fusilados en el Japón, el fusilamiento de Ferrer, los ametrallados de la Comuna, los perseguidos, encarcelados o ajusticiados en todas partes y especialmente los miles y miles de rusos que pagaron sus ideas socialistas con la muerte, el tormento o la deportación a la Siberia.

Huelgas de gran importancia se han dado en todas las naciones; hasta se han intentado huelgas internacionales. En lo que va de este siglo, han sido Inglaterra y España las que han sufrido huelgas más grandes, más importantes y violentas.

¿Cuál es el deber de los intelectuales?

Sin embargo, los señores intelectuales se regulan creyendo que la Cuestión Social era una cosa sin importancia y la seguirían creyendo, si los rusos, en poco tiempo no hubieran hecho abajo el viejo régimen en media Europa, Revando la zozobra y el temor al mundo entero.

Hace pocos días que aquí en nuestra ciudad, un popular conferencista español quejándose del desamor del pueblo hacia los intelectuales. El se refería en particular al pueblo español; yo quiero extenderlo a todos los países, porque este desamor del pueblo hacia los intelectuales, se manifiesta hoy en todas partes, y es la consecuencia lógica del desamor que los intelectuales han mostrado hacia el pueblo.

El deber primordial de los señores intelectuales, su misión sagrada, era velar por el bien del pueblo y defenderlo constantemente de sus muchos y fuertes enemigos. Ya que ellos acaparan los beneficios y los placeres de la cultura, su obligación era amparar y mejorar a ese pueblo que los mantiene y que no puede estudiar ni medianamente instruirse, porque un trabajo excesivo y una pobreza desesperante le absorben el tiempo y el seso y lo tienen embrutecido y esclavizado. Decirle siempre la verdad a ese pueblo, guiarlo hacia la justicia, debía ser la labor obligada de los que acaparan la inspiración. Defender a ese pueblo hasta el sacrificio, servirle de guía, iluminar el camino, sacarle del infierno en que vive, entregárselo todo, el corazón y el cerebro, la sangre y el alma, eso y aun más es cuanto la razón exige a los señores intelectuales.

¿Pero cumplen ellos este deber? Si o cumplieran, si intentaran cumplirlo aunque solo fuera un poco, el pueblo les profesaría un amor intenso y hace mucho tiempo que hubieran terminado las injusticias sociales. Los intelectuales no han hecho nada por el pueblo ni les ha importado siquiera. Han creado una ciencia, una filosofía, una literatura y un arte para el servicio exclusivo de los ricos. ¿Qué le importa al pueblo todo eso, si a él nada le alcanza, si en nada ha remediado el tormentoso vivir de su existencia miserable? Si al hogar del pueblo obrero no ha llegado ni una sola comodidad del progreso, ni una ventaja de la ciencia, ni un destello de arte, ni un rasgo de literario consolador; si todo esto es cierto... ¿qué debe el pueblo a los señores intelectuales? Por un Zola que escribió «Germinal» por un Tolstol que escribe «Resurrección», hay todo un ejército de periodistas de salón que desprecian al pueblo porque no entienden sus mullerías de perversión literaria. Por un Ruben Dario o un Rostand, creadores de belleza pura, hay diez mil majaderos de la rima; por un Alberto Guiraldes, o un Emilio Carrere que buscan su inspiración en las entrañas dolientes del pueblo, hay un millón de inconscientes esclavos del consonante; por un Miguel Angel, un Goya o un Rodin que ponen en el bronce y en el mármol toda la conciencia humana y

el afán de libertad hay mil escultores de la adulación y mil pintores del servilismo.

Esos intelectuales que debieron ser ejemplo y guía de los de abajo, prefirieron servir a los de arriba, divertirlos y adularlos continuando en el vilipendio de los antiguos bufones y validos creando un arte banal y fofo, sin alma y sin médula ni gusto de sus amos que les exigen sumisión, inventando toda una filosofía egoísta que pretende explicar y hasta justificar toda clase de expoliaciones, atropellos al derecho y ofensas a la razón. Y los señores intelectuales sin darse cuenta siquiera, continúan viviendo una vida de ignominias entre el desprecio de los de arriba y el rencor de los de abajo.

Quizás lo más interesante del movimiento actual en ese divorcio entre los intelectuales y el pueblo. Aquellos no hicieron esfuerzo alguno para activar al pueblo de los dolorosos dualismos entre la religión y la ciencia, entre la autoridad y la libertad, entre el progreso y la miseria, entre el capital y el trabajo... Consintieron que perdurara el dualismo (doctrina que admite el bien y el mal en la lucha perpetua), y como el pueblo no recibió de los intelectuales el auxilio que necesitaba, ha llegado a considerarles como gente extraña, resentido de su defección llegando a sospechar que ven la causa intelectual tenía un enemigo.

La farsa de una civilización

Asistimos en nuestros días al desastre final de una sociedad llena de injusticias, de un régimen que se ha devorado a sí mismo, de una democracia irracional sostenida por una cultura convencional que es toda ella como joyería falsa. Toda su falsedad fué descubierta en la guerra. Tanta Economía Política, para que los pueblos se mueran de hambre, tantas reglas de Moral, para que la inmoralidad más escandalosa y el agio más repugnante presidan la vida pública de todas las naciones, tantas leyes para no poder evitar ni una sola iniquidad; tanta solemnidad en la diplomacia para decir, al fin, que los Tratados solo son papeles mojados; tanta autoridad guardadora del orden, para dar al mundo el espectáculo de una gigantesca lucha de hombres fieros, tanto respeto a la vida y a la propiedad, para acabar destruyendo a cañonazos la propiedad y la vida... ¿Qué han hecho, pues, los intelectuales? ¿De qué les ha servido toda esa sabiduría tan acreditada con títulos y diplomas, con mucetas y medallas? ¿Qué utilidad ha reportado todo ese bizantinismo retórico de Academias, Ateneos y Parlamentos? Ni siquiera han logrado salvar uno solo de los tan cacareados principios sociales.

Como cayeron las murallas de Jericó al son de las trompetas, bastó un clarínazo guerrero para que, con asombro de los intelectuales, se viniera abajo el catafalco teatral de una civilización que se sostenía prendida con alfileres. Mientras Cándido y Panglós discutían placidamente en el Jardín de Epicuro, Marte se paseaba por la puerta, arrastrando el sable sonando las espuelas y sonriendo socarrón, acechando el momento propicio de arrasar el jardín de las pláticas, para convertirlo en trincheras. Y esto no lo sabían los intelectuales, acostumbrados a pretender la solución de todos los problemas con retórica de sembrero, con cataratas de frases vacías de contenido que nunca remediaran el más pequeño de los dolores sociales. Y como no sabían esta sorpresa de su quebra ha sido tan grande como angustiosa.

La hora de las grandes sinceridades

Veinte siglos de moral cristiana; dos mil años repitiendo como los fonógrafos, las máximas del Cristianismo; y al final de esa Era Cristiana, tan extensa como

pródiga en sacrificios, nos encontramos con iguales explotaciones, las mismas tiranías, idénticos egoísmos y un desprecio de la vida que repugna y envilece. Cuando los revolucionarios decían que el privilegio de la propiedad y el método de enriquecimiento individual traerían una gran hecatombe de vidas y haciendas, los intelectuales los calificaban de locos. Cuando afirmaban que la paz no puede estar asegurada mientras existan en el mundo organizaciones armadas, se les contestaba que precisamente esos armamentos eran la mejor garantía de la paz; que gracias a los grandes ejércitos, el orden no podría alterarse y que la sociedad evolucionaría lentamente, respetando los intereses creados. Pero la razón, cuando encuentra resistencia, le basta, para vencerla, confiarse al tiempo que es su mejor aliado. Ya se ha visto qué orden tan admirable, qué paz tan maravillosa, se nos guardaba en las recámaras de los cañones y en las cajas de los torpedos. Aunque no tan perfecto esto también lo sabían hacer antes de crear el Derecho Romano y antes de aparecer el Cristianismo sobre la tierra. Para un resultado desastroso no hacían falta tantas Academias, Ateneos, Universidades, Parlamentos ni Secretarías de Instrucción Pública, que solo nos han enseñado a matar y destruir con perfección y aseó. Para llegar a una situación tan lamentable, no valía la pena progresar tanto.

Ahora los señores intelectuales se lamentan de la muerte de la civilización. Es el dolor natural de quien amó torpemente una falsa civilización que creía consolidada e invencible y vé de pronto destruido y aventado a los cuatro vientos todo el altar de su fé de sus amores. Parece que va llegando la hora de las conexiones nobles y de las grandes sinceridades. Cuando fracasan todos los valores que sostenían este tinglado social, ¿se tendrá valentía suficiente para rectificar la vida, desafiando el porvenir? Esto es lo que aún dudamos. Está muy arraigada todavía la afición a las jerarquías, para que los hombres puedan ver claramente que la única garantía de paz es la igualdad económica, siempre que no pueda ser perturbada por gentes armadas.

La iniciativa llega hasta nosotros

Y ahora llegamos al por qué un grupo de eminentes intelectuales han constituido en París el Grupo «Clarté», y por qué han hecho un llamamiento a los intelectuales en general, para que constituyan Grupos Idénticos en todos los países.

La transformación de la Sociedad se considera ya inevitable. Esta grandiosa transformación social, puede ser ordenada e inteligente, puede hacerse sin grandes daños y sin que peligre el tesoro cultural (moral y material) que nos ha legado el progreso. Para esto sería necesario que los señores intelectuales se pusieran al frente del pueblo con plena sinceridad y absoluta honradez, sirviéndole de consejero y de guía, asumiendo si fuera necesario, la responsabilidad de la reconstitución social para que el pueblo no llegue a exasperarse y no caiga en el caos y en la violencia. Sin la ayuda de los intelectuales la transformación social también se realizará de todos modos; pero sin ilustración y sin guías, la confusión caótica adquirirá proporciones de catástrofe geológica. La responsabilidad pertenecerá por completo a los intelectuales, que por no aceptar sus deberes de directores del pueblo, serían odiados y perseguidos y cazados uno por uno y de casa en casa, como ocurrió en Rusia en 1918, durante las seis semanas del terror, para que fueran a ocupar sus puestos donde su experiencia y su conocimiento del método y de la técnica eran absolutamente necesarios.

El Grupo «Clarté» quiere evitar esa catástrofe, quiere salvar al pueblo, salvar a los intelectuales, salvar lo que de bueno y sano y útil contiene todavía esta civilización que se muere, y para esa obra, tan generosa y tan noble, ha reunido en sus Grupos a los intelectua-

les capaces de sentir su responsabilidad moral ante la vida y la Historia.

El glorioso literato Henri Barbus mandó una carta a distinguidas personalidades cubanas, preguntando si Cuba no había intelectuales que amaran a su pueblo; que le explicaran lo que en el mundo se prepara, que fundaran ante la conciencia popular este crítico momento histórico y le sirvieran de consejeros y de guías cuando fuera necesario. Por esto y para esto se ha iniciado en la Habana la constitución de un Grupo «Clarté» como se están constituyendo en todas las ciudades del mundo y este grupo ha venido; hoy aquí a comunicarnos la advertencia que aquellos prestigiosos literatos de París dirigen a todos los intelectuales en general para que se den por enterados y cada uno proceda con arreglo a su conciencia.

Sacerdotes sin fé.

Pensad que la sociedad actual está agonizando. La prensa de todos los países refleja el mismo pesimismo... En todas partes se ha desatado el mismo desentreno de egoísmo, la misma inmoralidad política. En todo el mundo se ha perdido la fé en Dios, en los partidos, la fé en los hombres; nadie respeta la razón, nadie cree en la justicia. Jamás la lucha de intereses ha sido tan feroz como en nuestros días, nunca la ética ha sido tan despreciada. Es el peor síntoma social que podía presentarse. Han observado los historiadores, que siempre en vísperas de las grandes revoluciones se han exacerbado las malas pasiones; los placeres sin medida; el afán de amontonar dinero, sea como sea; la vulneración de todas las leyes; el atropello de todos los derechos el olvido de las más sagradas obligaciones. Es que los egoístas presentan la catástrofe y quieren aprovechar el tiempo. Un día de vida es vida.

En «La muerte de los dioses» describe Merejovsky un pasaje que merece recordarse. Ha muerto la fé en el paganismo. Los dioses han muerto. El Cristianismo triunfa. Pero Juliano no quiere convencerse y organiza en Roma una procesión en honor de los dioses que aún cree vivos. Ni un solo ciudadano acude espontáneamente a la procesión, que solo a fuerza de dinero puede celebrarse. Todo en aquella fiesta es de alquiler. Uno a uno hay que pagarles a todos para que vayan. Es una procesión de gente, un conjunto de comparsas que antes de vestirse para la función pasan por la taquilla. En vez de una procesión, resulta una mascarada. El público se burla, los alquilones se rien. Y Juliano comprende que los dioses están definitivamente muertos, y que aquella procesión ha sido su entierro.

Lo mismo le ocurre hoy a la Democracia. Como el Paganismo en tiempos de Juliano, el Apóstata, la Democracia no encuentra sacerdotes con fé. También ahora todo es teatral, todo es alquilado y sólo se sostiene a fuerza de dinero. Esto se vé. La Democracia se muere. Los intereses creados le prestan todavía una apariencia de vida. Pero buscad a sus servidores desinteresados y no encontraréis a ninguno. La Democracia ya no existe. Todo es ficción, todo es apariencia. La abandonó Wilson en Versailles, la extranguló Lloyd George en Irlanda, la mató Millerand en Crimea. A los intelectuales toca salir de sus laboratorios y estudios para enterrarla. Si ellos no presiden los funerales, si no acuden a sus puestos de honor, entonces el pueblo alocado hará unos funerales dramáticos, y de todo el daño que se produzca serán responsables los señores intelectuales, que encerrados en sus ridículas torres de marfil, oyen hoy el clamor de los pueblos, como un lenguaje extraño que ni comprenden ni quieren comprender. Esta es la realidad. Ahora que cada uno se trace su orientación y su conducta en el fondo de su conciencia

dos los que tenemos la desgracia de habitar en esta miserable España. Repleta de oro, bajo la capa de la neutralidad que durante cuatro años de guerra ha sostenido, se hacen más víctimas que hicieron en el campo de batalla alemanes, franceses y americanos.

En España, quien manda es la clase patronal; quien obedece en contra de su voluntad es la clase obrera; pero aún que obedezca para ser esclava del taller, mañana obedecerá con voluntad y energía dispuesta a ser el administrador de la nación.

Entonces no se deportará a capricho de un gobernador de provincia, al trabajador de la fábrica. Cambó, no tendrá por qué hacer discursos defendiendo la mentira; los falsos directores del desheredado, no tendrán que combatir a Rusia ni a la «Tercera Internacional» y, aquí quedará como base sólida el no volver atrás y si adelante; lo que los rusos sostienen ante el bloqueo de la burguesía mundial.

A. T. SEMPERE.

ESPARTACO

El pretor Claudio, enviado desde Roma, pronto atacó la roca tras la cual estaban parapetados los rebeldes. Una sola vía le estaba abierta; era un sídlo en que el terreno, cortado en forma de pico, formaba un precipicio que fascinaba la vista y causaba el vértigo a los más audaces. Espartaco hizo cortar todos los sarmientos de las viñas silvestres que cubrían las rocas, forjó con ellos grandes escalas, y llegada la noche, hizo descender a los soldados uno a uno, y en medio del mayor silencio, mientras el viento de la noche los colmaba por encima de aquellos abismos. Envolviendo enseguida y con rapidez el campamento del pretor, precipitó su tropa sobre los romanos sorprendidos, aplastándoles antes de darles el tiempo de rehacerse, y haciéndose dueño de armas y bagajes.

¡Esta primera victoria de una partida despreciable fue decisiva. Apenas se supo que las armas del esclavo habían destrozado al terrible *pilum* (especie de dardo o lanza arrojadiza) de los legionarios, una muchedumbre de pastores fugitivos, vino a alistarse en las huestes del atrevido jefe, pudiendo en poco tiempo, reunir unos diez mil hombres. Pero aunque él los dominaba por la superioridad de su carácter, no ejercía sino una endeble autoridad sobre aquel ejército tumultuoso, compuesto de hombres de todas las naciones, demasiado ulcerados por la servidumbre, para que comprendieran todo el valor de la unidad en tan graves conjeturas, por lo que se dejaban arrastrar a menudo a expediciones parciales por sus jefes particulares.

El botín y la venganza, parece que también le preocupaba más que los resultados grandiosos prometidos por la victoria, siendo preciso dejarlos destruir varias ciudades de la peregrina y opulenta Campania. Sin embargo, Espartaco pudo lanzarse a las montañas de Lucania, terreno favorable a un ejército que carecía de organización y de disciplina, venciendo sucesivamente a los dos capitanes del pretor Varinio, y, poco después, al propio pretor, quien, en un combate desastroso perdió tropas, bagajes, su caballo y hasta los haces pretorianos. Tampoco esta vez pudo impedir a sus soldados el saqueo de varias ciudades de Lucania, a pesar de hacerlos ver que, con semejante conducta, sólo conseguían arrojar al partido romano los pueblos cansados del yugo, y que quizá hubiesen apoyado la rebelión.

El éxito atráe a las muchedumbres. Las asombrosas victorias de Espartaco, sus proclamas a todos los oprimi-

dos de Italia, engrosaron en poco tiempo su ejército, hasta el número de setenta mil hombres.

Fijó su cuartel general en Tulum, ocupóse durante el invierno de la organización militar y política de sus huestes irregulares, y promulgó leyes y estatutos, que fueron aprobados por todos los fugitivos galos, etruscos y latinos que entraban en esta liga sagrada. Según se ve por un fragmento de Salustio, la ley lucaniana llegó a ser común a todas las agrupaciones de esclavos fugitivos, que este grande movimiento había determinado, aún del otro lado del Pó. Prohibió en su campo el oro y la plata, acogió a todos los mercaderes que traían hierro, compró caballos, mandó forjar armas, desplegó, en fin, la actividad de un capitán y la inteligencia organizadora de un hombre de acción.

El senado romano, que en un principio había afectado por esta rebelión, el desprecio altivo que los barones de la Edad Media mostraron más tarde por las sublevaciones de los siervos de la gleba y de los burgueses comunales, comenzó, sin embargo, a inquietarse seriamente, y envió contra Espartaco dos cónsules a la vez, como en los grandes peligros públicos.

En este momento, manifestóse de nuevo en el ejército de esclavos, ese miserable espíritu de división, que debía serle tan fatal; los galos y germanos, quisieron formar un cuerpo aparte y se hicieron batir por los cónsules. Los que escaparon tuvieron la felicidad de hallar a Espartaco, que los acogió y salvó. Cuanto a éste último, ya sea porque estas discordias le hicieran renunciar a sus vastos planes de destrucción del poder romano a favor, de los esclavos, ya porque su único objeto, como dice Plutarco, fuera el de conducir sus compañeros hacia la tierra natal de la libertad, lo cierto es, que él abandonó la Lucania y ejecutó aquella marcha asombrosa a través de Italia erizada de soldados, y, dirigiéndose por los Apeninos hacia el Norte, destruyó a su paso los dos ejércitos consulares, otros dos pretorianos, llegando, por fin, siempre combatiendo y siempre victorioso, a orillas del Pó, cuyas aguas desbordadas le cortaron el paso.

Después de haber intentado, pero en vano, sublevar las ciudades cisalpinas, que odiaban el yugo romano, pero que se hubieran avergonzado de aliarse con los esclavos, vióse obligado a ceder a la embriaguez de sus soldados que quisieron marchar a Roma. El Senado, sobrecogido, envió a Craso con

treinta y cinco mil hombres de viejas tropas, a las que se unieron los restos de todos los ejércitos derrotados. No obstante, el general romano limitóse a cubrir el Lacio, no osando arriesgar una batalla contra el terrible gladiador y contentándose con hacerle ostigar miserablemente por sus tenientes, invariablemente vencidos cada vez que tenían la temeridad de librar un combate.

Obligado, así, a retroceder hacia las regiones meridionales, Espartaco formó el proyecto de lanzar algunos miles de hombres contra Sicilia, a fin de volver a encender el fuego mal extinguido de la segunda guerra servil. Los piratas sicilianos comprometieron a transportarlos, recibieron de él anticipos considerables, los embarcaron dejándolos en la ribera. Entonces construyó barcos, pero la tempestad los destruyó. Sin embargo, en medio de la ruina de todos sus proyectos y de las divisiones de su ejército, aquel hombre admirable conservaba la audacia de sus resoluciones y la llama de su indomable energía. Y era tal el terror que aún inspiraba, que Craso intentó encerrarlo en el Istmo de Reggio por medio de un foso y una trinchera de quince leguas de longitud.

El jefe de los esclavos mostró el más profundo desprecio, tanto a este trabajo colosal, como a enemigos que no osaban atacarle de frente; luego, cuando los víveres comenzaron a faltarle, derribó una parte de la muralla durante una noche tempestuosa, forzó la línea de los romanos y peleó libremente en Lucania, donde exterminó una vez más las tropas de dos tenientes de Craso, que intentaron impedir su retirada. Este último escribió al Senado pidiendo que le enviaran a Potipéyo a fin de que lo secundara, que a la sazón regresaba de España, y Licúcio, que volvía del Asia. Pero pronto se arrepintió de su determinación, buscando ocasiones de concluir la guerra, con la mira ambiciosa de que sólo a él cupieran los honores de la victoria. Y esta ocasión le fué facilitada por sus propios enemigos, que cada vez eran más débiles a causa de sus eternas discordias.

L. COMBES.

Concluida.

¡Compañeros camareros!

Me extraña que siendo obreros no reconozcáis la esclavitud que sobre vosotros pesa.

Yo sé que entre vosotros los hay algunos que se dan perfecta cuenta de las inhumanas calamidades que con incomparable desfachatez nos quieren imponer los patronos de este ramo.

Todos sabemos sobradamente que en infinidad de casas, los patronos de este oficio han hecho mofa de nosotros tratándonos como bestias de carga.

¡Cuántas veces se nos ha mandado hacer el *acarreo de mesas, escupideras y retretes* y alguno de nosotros impulsados por la cobardía, hemos obedecido a la realización de tan repugnante papel, en todo y saber que tales servicios no eran de nuestra incumbencia. ¡Por qué no protestar siendo así que semejantes servicios no nos pertenecen?

¡Es doloroso mencionarlo! No solamente hemos realizado tan denigrante papel, si no que, hemos coaccionado moralmente al compañero que, influenciado por un rasgo de lógica y rebeldía ha protestado cuando han intentado imponerle la realización de tan denigrantes como asquerosos trabajos.

Hemos tratado de perturbadores a los compañeros que con buena intención han hecho trabajos para reivindicar las malas costumbres creadas en nuestro ramo, y esto contribuye a perpetuar nuestro servilismo.

No compañeros; esto carece de fundamento y de lógica. Ensanarse contra los que proclaman la reivindicación, es hacer obra en contra del progreso.

Debemos, en vez de contentarse en críticas acudir al Sindicato Unico y desde allí declarar la guerra sin cuartel a los chacales aburguesados de este ramo, que con toda clase de intrigas pretenden rebajar nuestra dignidad de hombres.

Si queremos ser tratados con respeto por los burgueses de este oficio, acudamos al Sindicato y desde allí podremos vencer todos los obstáculos que se antepongan a la realidad de las cosas.

Con un viva al Sindicato Unico, deseo salud y rebeldía a mis compañeros de esclavitud.

¡Ingresad al Sindicato!

UN «ECHADOR».

Alcoy a 5 1921.

MOVIMIENTO COMARCAL

MURO

Villa que por su cruce férreo nos atrae, pesando en tropezar con alguien de los que al azar trabajan por las reivindicaciones proletarias. Mis amigos de excursión de propaganda y yo, pensamos invertir un tiempo provechoso, pero muy pronto nuestro optimismo se troca en pesimismo. De una manera casual, nos entrevistamos con el líder de la sociedad de papeleros «La Mundial». Le preguntamos si podríamos dar una conferencia con el tema «Sindicalismo», a lo que nos contesta que es de todo punto imposible. ¿Por qué?—le decimos—Por no acudir los socios a ningún llamamiento—nos replica el líder. Nuestras esperanzas quedan reducidas al más rotundo fracaso, no obstante esto, seguimos abrigando confianza. Mas allá del líder, por nuestras indagaciones, se nos comunica que el tal este es un *amarillo de pura cepa*, y que, su actividad retrógrada, impedía por completo el que la organización de Muro no fuese revolucionaria.

Daban en el reloj de la plaza las 10 de la mañana; salían de la iglesia lo mejor de los varones del pueblo; pero aunque físicamente son corpulentos, mis amigos y yo detectamos la enfermedad que todos tienen en el cerebro. La infección de lo que presumíamos bien pronto llegó a nuestros oídos. En

la Estación había una fábrica y taller de cartón, cuyo patrón es Matarradona; las operarias son niñas de 10 a 14 años, y cobran por su labor de 12 horas, de 1'20 a 1'30 ptas. Los pocos hombres que hay trabajando en este antro, son de la voluntad del patrono, y por toda consideración se les trata como a bestias. ¡Oh los frutos del Sindicato amarillo!

Intentamos hacer ver a quien podemos lo infuca que resulta esta explotación, a lo que nos dicen que el señor cura ha prometido el arreglo. Pensamos en las patrañas de los curas, y todos a un mismo tiempo esclamamos: ¡pobres obreros y obreras de Muro!

PLANES

Emocionante ha sido nuestra entrada en este pueblo. En todo el contorno comprendido entre Benimarfull, Muro y Almudaina, no hemos tropezado con ningún hombre capaz de sostener ideas progresivas. En Planes al contrario de estos pueblos, han sabido organizar una sociedad titulada «La Defensa». ¿Qué finalidad persigue este Sindicato?—les hemos preguntado—contestándonos con un acento árabe:—«La lucha contra los curas y caciques». Para nosotros, representa esta finalidad muy mezquina, pero no así para los que en este ambiente viven. Por no entrar en pueriles consideraciones los invitamos a celebrar un acto de propaganda, a lo que acceden gustosos los noveles camaradas. ¿De qué nos hablarán?—preguntan los buenos compañeros.—A lo que el amigo Llopis les dice:—de Barcelona, de la crisis del trabajo y de España toda. ¡Oh que alegría—esclaman todos.—Acto seguido se avisa a todos los socios, y a las 11 de la noche se dá principio al acto de propaganda en el local del Sindicato «La Defensa».

El que esto suscribe y el amigo Llopis, les dirigieron la palabra a los abnegados societarios de Planes. De lo vertido por nosotros, suponemos se sacará provecho, pues buena prueba de ello es la emoción que experimentaron, diciéndonos querer organizar lo más pronto posible, un mitin público de afirmación sindical.

Planes, aún y vivir aislado, ha entrado en la carrera ascendente de la libertad.

E. C.

DE JUMILLA

A los trabajadores

Abrumada mi mente, palpitante mi corazón por el amor intenso hacia un ideal que redime a los pueblos, me dirijo a vosotros, trabajadoras de Jumilla, para que despertéis del letargo en que vegetáis sin rumbo, como espectros vivientes, sin una intención de la realidad práctica, que os haga ver un nuevo horizonte, que os estimule hacia el futuro porvenir.

Lo es ignominia, explotación y esclavitud en vosotros, sin que la ruda y espionada senda por que camina vuestra mísera existencia, sirva de espe-

riencia y rasgue el tupido velo de la ignorancia, incrustada por veinte siglos de una religión absurda.

Miles de veces se ha dicho que la ignorancia es el envilecimiento de los pueblos, y a pesar de ello, los obreros en este pueblo no se preocupan en lo más mínimo de su educación, permaneciendo cobardemente humillados por la resignación estúpida en que se hallan postergados. Y es tan indigno como impropio de hombres, que en estos momentos sublimes en que el mundo proletario se agita por las convulsiones sociales, no nos apresuremos a capacitarnos suficientemente y nos organicemos con la debida energía para la defensa de nuestros intereses y por el bien de nuestros hijos.

El actual estado burgués representa una inmensa colmena, en el que los zánganos son la burguesía parasitaria que se sustenta del sudor ajeno y el obrero es el que con su esfuerzo generoso enriquece a la comunidad dándole el alimento indispensable a la vida.

Y a pesar de ser los obreros quienes enriquecemos el mundo con las riquezas que produce nuestro esfuerzo, somos los más despreciados y escarnecidos, los más vilipendiados por el privilegio capitalista que nos detenta todo cuanto producimos, esclavizándonos, reduciéndonos por las privaciones que de este secular robo se desprenden.

Todo este malestar que nos aflige, es debido a la ignorancia en que vegetamos. Si los explotados nos uniéramos en indisoluble lazo y dentro del Sindicato todos organizados estudiáramos, comprenderíamos la injusticia social que sobre nosotros pesa, y nuestras mentes disiparían el tupido velo de la ignorancia que nos ha inculcado una absurda religión y una educación estúpida de torpes prejuicios.

Unámonos todos. Que la luz de la inteligencia penetre en nuestras conciencias desterrando falsas creencias y atavismos ridículos y entonces podremos ser libres. Capacitémonos de nuestra alta misión como humanos, y podremos exigir nuestros sagrados derechos.

Si así no lo hacemos, no culpemos a nadie de nuestros sufrimientos. Seremos nosotros los únicos autores de nuestro malestar, del hambre y el raquitismo de nuestros hijos, y la humanidad futura lanzará contra nosotros el más infamante y justificado anatema por nuestra apatía y nuestra indiferencia.

Sacadamos nuestro abandono denigrante; acudamos a la Sociedad, y todos unidos podremos proporcionarse la fuerza y la educación que nos conquistará nuestras reivindicaciones.

¡Viva la unión de los trabajadores!
¡Viva el Sindicalismo!

SEBASTIANA GIMENEZ.

Jumilla.

A los compañeros

A pesar de que en la organización contribuímos directamente a remediar la situación de nuestros presos, las consecuencias de la represión brutal nos presenta casos excepcionales, en las que peligra la vida de uno de nuestros camaradas, y es entonces a nosotros a quienes incumbe acudir en su favor, en sentido particular. En este caso se halla hoy el com-

pañero Eusebio C. Carbó, preso, como se sabe, en la Cárcel Modelo de Valencia. Sabemos quien es Carbó, y nunca directamente de él hubiéramos sabido la situación angustiosa en que se halla. No obstante, por mediación de varios amigos, hemos sabido que éste compañero, sin duda a causa de su temperamento nervioso por la indignación reconcentrada al ver que se le complica arbitrariamente en el proceso Maestre Laborde, ha sufrido diversas perturbaciones precursoras de «apoplegia», que le han ocasionado una semiparálisis en toda la parte derecha del cuerpo, que de repetirse pudieran ser de funestas consecuencias.

Para evitar el peligro, han faltado aplicaciones eléctricas, que valen de 400 a 500 pesetas.

A los compañeros en ideas, afines a nuestra causa, a los que en sentido «solidario» quieran contribuir a conjurar el dolor de las víctimas, corresponde contribuir con su óbolo, para lo cual iniciamos la siguiente

SUSCRIPCIÓN

Pastor	1'00 ptas.
Ivars	0'50
E. Aracil	1'00
Peiró	1'00
Bamba	1'00
Alfredo Boronat	1'00
Belluga	0'50
M. P.	0'50
Seguí	0'50

Total: 7'00 ptas.

Continua abierta la suscripción.

Asuntos locales

El socialista Antonio Llopis, encargado de la sección de cardas de la fábrica de José Oliver, está resultando una *fierra* para el trabajo.

Se le ha olvidado a este mentecato que las mesnadas socialeras estuvieron treinta y cinco años consecutivos solicitando la jornada de ocho horas en procesiones, y ahora, que, por actitudes más directas se ha conseguido, trabaja la mayoría de los días desde las cinco y media de la mañana, hasta las diez y media de la noche, que, si los números no engañan, van DIECISEIS HORAS.

Pero, lo peor del caso, es que en dicha sección se despidió a un encargado, cuyo despido tenía que subsanarse con un cambio, pero, claro está, en vista de que el tal socialista sustituye tan guapamente al despedido, el patrón no se da prisa...

No obstante el proceder estúpido de este malvado, no es obstáculo para que siga perteneciendo al Partido Socialista (¡que asco!) Obrero, (eso de obrero es una broma) Reconstructor, etc. etc.

Hombres poco escrupulosos y sinvergüenzas habrá; pero pocos como los Sres. Domenech, patronos de la fábrica de fieltros, llamada «Tramusol».

Con hipocresía y cinismo refinados, vienen abusando escandalosamente de indefensas mujeres.

Mientras el trabajo abundaba,

prometieron a sus obreras a fin de que hicieran horas extraordinarias, que éstas las pagarían un 20 por 100 más, cosa que han cumplido a medias. En la actualidad que el trabajo escasea, amenazan, —siempre aprovechando la ignorancia de las mujeres— con rebajarles el jornal, para lo cual, emplean los consabidos tópicos de «emplear a otras... etc.»

¡Ah, malvados y cuán ruines son vuestros sentimientos! ¿Cuándo acabará vuestra raza maldita?

Hemos de desenmascarar a un señor que, como todos los patronos, ha perpetrado una villanía, despidiendo a ocho o nueve canilleros, por el capricho de poner mujeres en sus puestos. Corresponde al nombre de Enrique Carbonell, fabricante de camisetas y que tiene instalado su local en el Ensanche, sito enfrente del Monte de Piedad.

Creamos que no se permitiría llevar a cabo semejantes barbaridades por ostentar el título de democrático, es decir, de republicano radical. Pero, ¡ah desengaño!

Nos hemos equivocado de medio a medio. Y sin atender al momento, ni siquiera reflexionar la situación que se les crea a estos muchos-hombres, se les despiden sin miramiento alguno, dejándoles, en la desesperada angustia, que por falta de trabajo se ven reducidos a la miseria.

Obsérvese que estos muchachos, hacía algunos años que trabajaban en esa fábrica y por tanto, habían dejado su juventud en holocausto a los intereses que ha amasado, en detrimento de sus explotados. Y que al cambiar de opinión respecto de, en vez de chicos poner mujeres, sea echar a la calle a los que habían contribuido largo tiempo a acrecentar el interés que proporciona la explotación.

Después de lo apuntado saca la consecuencia, pueblo, y dá el merecido al que después de explotarte comete atropellos y se presenta como un liberalote.

Hemos recibido un escrito, de Camilo Peidro, a quien acusó la Sección de Tejidos en el número 13 de este semanario de ejercer el oficio de esquirol en la fábrica de Jorge Boti, en cuyo escrito manifiesta el haber reconocido ante la Comisión de Sección su error y su falta, de la cual dice arrepentirse, habiendo dejado ya el puesto que ocupaba.

Suplica y espera además, en recompensa al pesar que su actitud le ha ocasionado, que los obreros le consideren como un compañero. Siempre que así sea.

IMPRESA «FRATERNIDAD»

RECIBOS DE INQUILINATO

Se hacen en esta imprenta

A PESETA.